

nan y, al menos, tengo que escribir sobre ellas. Es decir, me indignó que hubiera una masacre, eliminaron a más de doscientas personas. Me indignó que mataran a gente joven, a mujeres embarazadas, a niños, a edecanes. A los pocos días iban a tener lugar las Olimpiadas, y allí había una muchacha con su uniforme de edecán y sus círculos de los juegos olímpicos, y esta mujer fue una víctima, porque la recogió su padre del anfiteatro, tenía seis balazos a lo largo de la columna vertebral. Pues, sí, mi trabajo me ha colocado cerca de los que sufren, de los desfavorecidos. Además, parece que tengo una inclinación natural a ponerme del lado de ciertas causas.

–Fuerte es el silencio *es otro libro que reúne varias crónicas que muestran la cara oculta de México, aquella que los gobiernos y los políticos quieren esconder. ¿Es eso lo que usted persigue, mostrar la otra cara?*

–La que el triunfalismo oficial intenta tapar ¿no? Este otro libro es sobre paracaidistas, desaparecidos políticos; también sobre las gentes que llegan a las ciudades, porque tienen hambre en el campo, que les pongo las marías y los golondrinos, ya que vienen en épocas de secas a ver si pueden encontrar alpiste en la ciudad de México: los golondrinos, las golondrinas, las marías. Y otras crónicas que escribí de explicación, por ejemplo, del movimiento universitario de 1968. Pues sí, en el 59 entrevisté a los ferroviarios encarcelados, en el 68 hablé de la masacre en Tlatelolco y del movimiento estudiantil; en el 85, a raíz del terremoto, hablé de la corrupción del Gobierno y de su negligencia y descuido, porque se derrumbaron los hospitales. Y ahora sigo con especial atención todo lo que tiene que ver con el movimiento zapatista. Me parece sumamente importante que una guerrilla deje sus armas para marchar sobre la ciudad de México y plantear sus reivindicaciones.

–*El senado de México acaba de aprobar un proyecto de ley que reconoce los derechos y cultura de diez millones de indígenas.*

–Sí, y me ha dado mucha alegría, porque soy una defensora de los derechos de los indígenas. Además, creo que esta ley es un paso más hacia la paz entre el Gobierno y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Veremos ahora cómo se desarrollan los acontecimientos.

–*En Hasta no verte Jesús mío, que se publicó en 1969, usted cuenta la vida de Jesusa Palancares, mujer errante, que fue revolucionaria, que trabajó de criada, de obrera, que hizo un poco de todo. Narrada en primera*

*persona, la novela reconstruye la historia de la protagonista y de México a través de una mirada y un lenguaje llenos de matices y sabiduría popular ¿Qué percepciones guarda de esta obra a más de 30 años de su publicación?*

–Creo que esta novela salió publicada antes, en el 67, me parece, no estoy segura... Jesusa también es una pícara, ¿verdad? Una mujer que estuvo en la Revolución mexicana y que la revolución nada le dio a cambio de su empresa. Es la historia de su vida y de las cosas que tiene que hacer para sobrevivir, aunque ella cree que solamente defendiéndose podrá salvarse. Dice, por ejemplo, que cuando le dan un golpe es porque ella ya dio dos o tres.

*–¿Diría usted que aprender a sobrevivir en los márgenes es uno de los temas que aflora con mayor frecuencia en su obra?*

–Sí, porque en mi país los marginados destacan mucho. La gente que está hecha a un lado. México es un país en el cual hay muchos pobres, mucha violencia, mucha injusticia, y todo esto se ve a lo largo de las calles de la ciudad. Y en los pueblos, donde también hay violencia y se percibe un gran abandono, un gran vacío. Bueno, en el caso de Jesusa, ella sobrevive porque llega, de todos modos, a cumplir más de 80 años. Y sobrevive en las circunstancias más terribles. Es una mujer muy pobre durante toda su vida que atesora cualquier basura, lo que nosotros tiramos a la basura. Guarda dos ladrillos, un pedazo de alambre, un pedacito de tela, lo que sea. Y, con eso, construye su casa.

*–Manuel Puig decía que él trabajaba casi siempre con personajes que se topaba en la vida. A algunos los ponía frente a su grabador para registrar «el perfume» que se desprende del lenguaje oral. En realidad, se había propuesto elaborar un discurso literario despojado de otra voz que no fuera la de sus protagonistas. ¿A usted le ocurre algo similar? ¿Prefiere la primera persona a la tercera omnisciente?*

–Yo traté a Manuel y lo quise mucho. Sí, cierto, gente que él conocía; entonces, recogía sus voces y las incorporaba como personajes. En mis libros también aparece la tercera persona, y no sólo la primera y la tercera, sino la segunda persona: «tú te levantas de la silla», «tú buscas con la mirada a una persona», «tú te distraes», todo eso, ¿no? Con respecto a lo demás,

creo que es más bonito o mejor una novela en la que no se perciba que el autor está moviendo a los personajes, es mejor que los personajes tengan vida propia y que el autor los deje volar con sus propias alas. Yo creo que eso es bien importante en un relato. Sí, para que una novela sea eficaz es mejor que cada personaje hable por sí mismo.

–En *Hasta no verte Jesús mío* usted trabaja con el habla de una mujer de clase humilde y, además, consigue construir un discurso que parece estar exento de la intervención de la autora (que proviene de otra clase social, que tiene otra formación), mientras que en *Querido Diego*, te abraza Quiela recupera la carta, la novela epistolar. Voces y géneros muchas veces desvalorizados ¿Esto de tomar elementos desprestigiados de la cultura forma parte de su proyecto literario?

–En general, la sociedad desvaloriza las voces de la gente, así como también ha desvalorizado la literatura testimonial. Los escritores hablan de ficción, pero es difícil que no haya una ficción ligada, de veras, a la realidad, a lo que ellos viven, a sus propias experiencias. Recuerdo que Carlos Fuentes, en París, en sus viajes, tomaba notas de todo lo que veía, de todo lo que sucedía, y eso, más tarde, iba a dar a sus novelas.

–Como decíamos, *Querido Diego*, te abraza *Quiela* es una novela compuesta con cartas que Angelina (Quiela) Beloff le escribe a Diego Rivera. Doce cartas que no son contestadas. A Quiela le es negada, entre otras cosas, la palabra del amado. Este texto muestra ciertas barreras que las mujeres, en ocasiones, se ponen a sí mismas e impiden el pleno desarrollo de su libertad individual y creativa. ¿El amor puede ser una de esas barreras?

–La mujer apuesta muchísimo al amor casi toda su vida. Cree encontrar en el hombre amado la solución a todos sus problemas. En general, toma al hombre como un medicamento, un milagro, algo que la llevará hacia otros espacios, sin pensar que todas las soluciones, como dicen las revistas de autoayuda, están, más bien, en una misma, en la propia persona. Pues nadie le da nada a nadie o lo que le dan es algo que cada persona debe hacer fructificar en sí misma, y ésa es la verdadera dádiva, el regalo.

–Con *La Flor de Lis* usted incursiona en una zona ya transitada en *Lilus Kikus*: autobiografía y ficción se aúnan para dar cuenta de los efectos que produce una formación católica y elitista. ¿Somos víctimas de una época, de una educación, de una clase social?

–Seguramente. En esos dos libros, sobre todo en *Lilus Kikus*, hay, al principio, elementos autobiográficos. Se cuenta la vida de una niña que estudia en un convento de monjas (yo estudié en un convento de monjas) y tiene una educación severa, muy estricta, religiosa. Y eso se ve tanto en *Lilus Kikus* como en *La flor de Lis*. Ciertas circunstancias de mi vida coinciden con algunas que forman parte de las historias narradas. Como le decía antes, creo que uno escribe siempre a partir de su realidad. Y sí, creo que somos productos y víctimas de una educación, de una época y de un país, de una clase social, incluso de una familia. Somos el resultado de todo eso y podemos ser, muy bien, víctimas de la familia. Las mujeres, especialmente, son víctimas de esto; víctimas sociales, víctimas en el trabajo. En muchos países, en las fábricas, todavía hoy a las trabajadoras se les paga mal y menos que a los hombres, se las explota de muchas maneras. Claro que nos moldea, nos conforma una realidad que nosotros no escogemos, que nos es impuesta y con la que hacemos lo mejor que podemos.

–*En su novela Tinísima surge el México de los años 30 de la mano de la fotógrafa italiana Tina Modotti, militante comunista que se codeó con lo más sofisticado de la sociedad latinoamericana. Otra vez el centro es un personaje femenino. A propósito, ¿cuánto han ganado o perdido las mujeres mexicanas en estos años?*

–Las mujeres ahorita han cambiado mucho, entre otras cosas, por una razón económica. Hoy en día para que una pareja pueda vivir se necesita el sueldo de dos; es decir, casi ninguna familia puede vivir sólo con el sueldo del marido, del hombre. Entonces, eso ayuda mucho a la mujer a salir del encierro de la casa, a tener una carrera, a ejercerla, a ser capaz de ganar un sueldo y, por lo tanto, a medida que se mantiene a sí misma se hace merecedora de todo el respeto, el de ella misma y el de los demás. Y eso se ve mucho en estos días: las jóvenes, las que se quieren casar y tener un hijo, para hacerlo, necesitan trabajar. Esa manera de vivir y de vivir el matrimonio, para la mujer también es una suerte de liberación.

–*Volviendo al tema de la educación y de cómo, a veces, somos víctimas de una época, en unas declaraciones, usted decía que siempre había hecho lo que le habían dicho que hiciera. Y ciertas cosas que le hubiera gustado hacer, no las hizo por falta de carácter.*

–Es cierto, a mí me ha faltado carácter y también saber enfrentarme a la gente, tratar de imponer o de que aceptaran mi propia manera de ser, mis